

—La ciudad de Bouc, respondió el posadero.

Yo creí que había pasado cerca de ella sin verla: volví al dintel de la puerta, y miré á todas partes á mi alrededor: no había mas que dos casas cerradas, y en todo cuanto se extendía la vista no había ni la menor altura detrás de la cual pudiese ocultarse, no digo una ciudad, pero ni aun un plan en relieve, volví á entrar, y encontré á Jadin que leía un papel impreso pegado en la pared.

—Preciso es, le dije, que Bouc sea alguna ciudad subterránea como Herculano, u oculta en la ceniza como Pompeya porque no veo señales de ella.

—Pues bien, yo la he descubierto, me dijo Jadin.

—¿Y dónde está?

—Hela aquí, me dijo. Y me enseñó con el dedo el impreso.

Me aproximé y lei.

«Napoleon por la gracia de Dios, emperador de los franceses, rey de Italia, etc. etc. Hemos ordenado y ordenamos lo que sigue:

«Se levantará una ciudad y se abrirá un puerto entre la ciudad de Arlés, y la de Martigues. Esta ciudad y el puerto, se llamará la ciudad y el puerto de Bouc.

«Nuestro ministro de Trabajos públicos está encargado de la ejecución del presente decreto.

«Dado en el palacio de las Tullerías en 45 de julio de 1841.—Firmado: Napoleon.»

Debajo del decreto se hallaba el plano.

—Aquí está, me dijo Jadin.

Y en efecto, en uno de esos raros momentos de descanso que le daba la paz, Napoleon había vuelto sus ojos desde el mapa de Europa al de Francia, y poniendo el dedo sobre las playas del Mediterráneo, entre la Crau y la Camarga, á seis leguas de Arlés, y diez de Marsella, había dicho:

—Aquí hace falta una ciudad y un puerto.

Inmediatamente su pensamiento cogido al vuelo, había tomado cuerpo, y se había vuelto á presentar á él; al día siguiente dictó la forma de un decreto á cuyo pie había puesto su nombre.

Entonces se había hecho un plano, y llevado ingenieros. Despues sobrevino la campaña de Rusia acompañada de los desastres de Moscou, y como faltaban hombres en atención al gran consumo que de ellos había hecho el invierno, fueron llamados los ingenieros: había llegado el tiempo de abrir un canal, y trazar el plano de la ciudad: despues, un especulador precoz había edificado tres casas, de las que las dos se hallaban cerradas por falta de inquilinos, y la tercera, trasformada en posada, se hallaba habitada por nuestro huésped.

Esta era la ciudad que no existía, y que se nos había ofrecido visitar.

Tuve un instante de terror: me ocurrió la idea de que la comida podía ser tan fantástica como la ciudad: di un salto desde el cuarto á la cocina: el asador estaba dando vueltas, y las cacerolas en la hornilla. Me aproximé á uno y á otras para asegurarme sino eran fantasmas, y si eran pierna de carnero y la sombra de una perdiz lo que tenía ante mis ojos: esta vez era una realidad.

—Ah, ah, sois vos, me dijo el huésped dándole vueltas al asador; paciencia, paciencia. Dad una vueltecita por la calle Mayor, y yo iré á buscaros enfrente del teatro.

Creí que estaba loco aquel hombre; pero como tengo tanto respeto á los locos, como desprecio á los imbéciles, cogí á Jadin del brazo, y salimos buscando la calle Mayor. No tardamos mucho en encontrarla. A algunos pasos de la casa había un poste de madera, y en la punta de aquel poste un cartel, y en aquel cartel este letrero: «Calle Mayor ó calle del Puerto:» estábamos en ella.

Fuimos paseando; al cabo de cien pasos nos encontramos otro cartel sobre el que se leía: *Teatro de S. M. la emperatriz Maria Luisa*. Detuvimos allí: era el punto en que segun todas las probabilidades nos había dado cita nuestro posadero.

En efecto, cinco minutos despues le vimos llegar.

El buen hombre era estremadamente complaciente; jamás he visto cicerone mas erudito. Durante dos horas nos paseó por los cuatro rincones de la ciudad, y nos hizo ver todo, desde las carnicerías hasta el jardín botánico, indicándonos cada edificio en sus menores detalles, y no perdonándonos ni una descripción. Felizmente, yo había cogido mi escopeta, y recorriendo la ciudad había matado un par de chochas en la Bolsa, y una liebre en la Aduana.

Magnífica es la ciudad de Bouc, únicamente que tiene la desgracia contraria á la del caballo de Rolando: el caballo de Rolando no tenía mas que una falta, el que había muerto: la ciudad de Bouc no tiene mas que una sola falta, la de no haber nacido. Fuera de esto no hay nada que echar de menos en ella: diré mas, es donde se come mejor que en otras muchas ciudades que para desolación de los viajeros tienen la desgracia de visitar.

EL MARTIGAD.

Al primer tiro que disparé, nuestro cicerone me había hecho observar que había un re-

glamento de policía que prohibía cazar en lo interior de las ciudades; pero como no obstante el consejo cinco minutos despues volví á tirar otro tiro, no había querido volver á insistir mas: únicamente por los resultados había notado que yo era bastante buen tirador, y se había prometido sacar provecho de mi destreza, que había tenido la imprudencia de manifestar.

Así, cuando pedimos nuestra cuenta para pagarle despues de haber devorado la comida, á escepcion de un cierto plato al que no habíamos podido incarle el diente, y que habíamos pasado á Milord; el que á su vez por muchos esfuerzos que hizo tuvo tambien que desistir.

—¿Estos señores son cazadores? dijo nuestro posadero.

—Si, como habeis podido ver, respondi.

—Si estos señores quieren hacerme el honor de pasar la noche aquí, les ofreceria para mañana una caza como no han visto otra.

—¡Diablo! dije yo.

—¡Os chanceais! dijo Jadin.

—No señores, os juro que os digo la verdad.

—¿Y qué caza es? Pregunté yo.

—Una caza de zercetas, aves parecidas al pato, sobre los estanques de Berre.

—Y la zerceta ¿qué es?

—Es el plato que os he servido en salmi.

—¿Y de qué Milord no ha querido comer! ¡Buen animal era la zerceta!

—Estos señores sabrán bien que no se caza por la pieza misma, sino por el placer de matarla.

—Justo, respondi yo ¿y qué?

—Mañana hay una gran cacería en Martigues. Saliendo de aquí á las seis de la mañana, estos señores llegarían á tiempo para entretenerse, yo les daría una carta de recomendación para mi primo, que es regidor de la villa de Berre.

—Otro farsante como tú, dijo Jadin.

—¿Cómo? preguntó el posadero que había oído, pero que no había comprendido.

—Nada, respondi yo. ¿Qué decis?

—Bien: digo que cuando volvais á pasar por la ciudad de Bouc, ya me direis si os habeis distraído ó no en vuestra caza.

—¡Qué aterrado y que engreído está con su ciudad! dijo Jadin.

—¿Pero qué haremos desde ahora hasta la noche?

—¿No es artista el señor? preguntó el posadero saludando agradablemente á Jadin.

—Para servirlos, buen hombre.

—Pues bien, el señor desde aquí á la noche podrá sacar una vista del puerto.

—Toma, ve aquí ya, le dije á Jadin, ocupado nuestro tiempo. Yo pondré mis notas al corriente, y como es preciso que partamos mañana á las cinco, nos acostaremos temprano.

—Como gusteis, dijo Jadin, pero os prevengo que estamos en una ladronera.

—Bien, nos quedamos, le dije al posadero. Id á escribir vuestra carta, y que nos hagan las camas.

A pesar de la predicción de Jadin, se pasó la noche sin novedad. A las cinco nos despertó nuestro huésped.

—Y bien ¿de nuestra carta? le pregunté.

—A fé mia, señor, dijo el posadero, que he reflexionado que no era hoy día de barca, y que por consecuencia no pasarían probablemente barqueros por la ciudad de Bouc. Voy á poner mi caballo á mi cabriolé; he alcanzado mi escopeta, y si estos caballeros no me juzgan indigno de su compañía, y quisiesen permitirme que les guíe, les ofrezco dos asientos en el carruage. Llegarán á los Martigues mas frescos y mas listos que si hubieran caminado á pie.

—¿Cómo? dije yo.

—Pues hombre, dijo Jadin aproximándose al posadero. Os debo una reprensión por haber tenido un mal juicio de vos. Dadme un polvo.

—Y traed una botella de vino de Cahors.

El posadero ofreció un polvo á Jadin, y se fué á buscar la botella pedida.

—¡Y bien! ¿Qué decis de nuestro huésped? pregunté yo á Jadin.

—Le llevo sobre mi corazón, y á su ciudad.

Diez minutos despues andábamos caminando en su carruage hacia Martigues á donde llegamos al amanecer.

Jamás he visto aspecto mas original que el de esa ciudad. Población colocada entre el estanque de Berre y el canal de Bouc y edificada no en la orilla del mar, si no en la mar. Martigues es á Venecia lo que una encantadora aldeana á una gran señora: no la ha faltado mas que el capricho de un rey, para hacer de la aldeana una reina.

Martigues aseguran fué edificada por Mario. El general romano, en honor de la profetisa Marta que le acompañaba, como saben todos, la dió el nombre que aun hoy lleva. Esta etimología podrá no ser muy exacta, pero como se sabe, la etimología es de todas las estufas la que produce flores mas estrañas.

Lo que choca desde luego en Martigues es, su singular fisonomía, son sus calles costeadas de canales y llenas de cyatis y algas con olor marino: son sus calles donde hay barcas, como en otras partes hay carros. Despues de casas esqueletos se levantan de navios: el alquitran, las redes, se secan allí. Es un inmenso buque donde todo el mundo pesca, los hombres con las redes, las mugeres con cañas, y los niños á la mano: se pesca en las calles, sobre los puentes, se pesca por las ventanas, y el pescado renovado siempre y siempre estúpido se deja coger así en el mismo sitio y por los mismos medios hace dos mil años.

Y sin embargo, lo que es muy humillante para los pescados, es, que la sencillez de los habitantes de Martigues es tal, que en el idioma provenzal, su nombre el *martigués*, es proverbial. El *martigués*, es decir, la gente mas sencilla y mas sin malicia de la Provenza: y como desgraciadamente no ha nacido entre ellos el menor hombre de talento, han conservado su primitiva reputacion en toda su pureza.

Un *martigués* es ese aldeano que quertendo cortar una rama de un árbol, coge su sierra, se sube al árbol, se sienta sobre la rama, y la corta entre él y el tronco.

Es un *martigués* el que entrando en una casa de Marsella, ve por la primera vez un loro, se aproxima á él, y le habla familiarmente, como se habla en general á un pájaro.

—Cochino, responde el loro con su aguda voz de borracho.

—Perdonad, caballero, dice el *martigués* quitándose su gorra, os habia tomado por un pájaro.

Tres diputados martigueses enviados á Aix para presentar una peticion al parlamento, que quisieron hacer los demas, llegaron á la casa del primer presidente, y fueron introducidos en ella. Llevados por un portero atravesaron algunas piezas cuyo lujo los maravilló; el portero les dejó en el gabinete que precede á la sala de audiencia, y estendiendo la mano hacía la puerta les dice: entren, y se retira. Pero la puerta que les habia mostrado el portero, estaba cerrada herméticamente por un pesado tapiz, así como era costumbre en aquella época, de modo que los pobres diputados no viendo entre los anchos pliegues del tapiz, ni llave, ni boton, ni cerradura, se detuvieron muy embarazados no sabiendo qué hacer para pasar adelante. Celebraron entonces su consejo, y al cabo de un instante, el mas avisado de los tres dijo:

—Aguardemos á que entre alguno ó salga, y haremos como él.

Pareció bien el consejo, fué adoptado, y los diputados aguardaron.

El primero que vino fué el perro del presidente que pasó sin cumplido ninguno por debajo de la cortina.

Inmediatamente los tres diputados se pusieron en cuatro patas, y pasaron de la misma manera que el perro, y como su peticion les fué concedida, sus conciudadanos no dudaron un momento que fué efecto del modo conveniente con que se habian presentado, mas todavia que por la justicia de la peticion, habiendo sido despachados pronto y completamente bien.

Otra porcion de historias hay no menos inocentes que las precedentes; por ejemplo, la de un *martigués* que despues de haber largo tiempo estudiado el mecanismo de un par de despabiladeras, á fin de dar cuenta á

la vuelta de este utensilio, despabiló la vela con sus dedos, y colocó con mucha limpieza el pábilo sobre el recipiente, pero yo estimaria que algunas de estas graciosas anécdotas no perdiesen su valor por la esportacion.

Las hay que en el mismo lugar tienen una boga encantadora, y que desde la época de su fundacion, que se remonta como hemos dicho á Mario y Martigues, lugar de historias y de chascarrillos, comienza ya á incomodarse de ellos. Martigues, sin embargo, ha suministrado al calendario un santo: este santo es el bienaventurado Gerardo Tenque, que en vida fué tendero en la ciudad de Mario. Habiendo ido por su comercio á Jerusalem, se indignó del mal trato que los peregrinos experimentaban en los Santos Lugares; procuró desde entonces consagrarse al consuelo de aquellos piadosos viajeros, despues de haber hecho el sacrificio de su tienda, que como se ve por el viage que Gerardo habia emprendido, debia tener cierta importancia. En su consecuencia cedió sus bienes, realizó su hacienda, y despues haciendo del dinero que le habia producido la venta una masa, se puso en estado de doblar y triplicar esta masa, yendo á pedir limosna para los pobres con el báculo en la mano á los negociantes de Alejandria, del Cairo, de Jaffa, de Beirouth y Damasco, con los que tenia relaciones de comercio. Bendijo Dios su intencion, y permitió que tuviese el santo resultado que Gerardo se habia propuesto. En efecto, su cuestacion, siendo mas abundante que lo que esperaba él mismo, hizo construir un hospicio destinado á recoger y alimentar á todos los cristianos que su devocion á los Santos Lugares llevase á la Judea.

La primera cruzada le sorprendió en medio de esta piadosa fundacion, á la que la conquista de Godofredo de Bouillon dió pronto una inmensa importancia, y cuyos privilegios y estatutos confirmados por las bulas de Roma, debieron ser los de los primeros caballeros de San Juan de Jerusalem.

Así este magnífico orden que no admitia en sus filas mas que caballeros de la mas alta y probada nobleza, y del mayor valor, tuvo por fundador un pobre tendero.

En la division de reliquias que se llevaron los cristianos despues de la toma de Jerusalem, Gerardo habia obtenido en su parte la camisa que llevaba la Santísima Virgen el día en que el ángel San Gabriel vino á saludarle como Madre de Cristo. Esta reliquia era tanto mas preciosa, cuanto que como prueba la autenticidad la camisa estaba marcada con una M y T, y una L; lo que queria decir: MARIA DE LA TRIBU DE LEVÍ.

Despues de su muerte, Gerardo Tenque fué canonizado; así cuando la isla de Rhodas fué tomada por los infieles, los caballeros, que no querian dejar los santos huesos de su fundador en manos de los infieles, exhumaron

su caja, y le trasladaron al castillo de Manos-que, cuyo señorío pertenecía á la orden de Malta. Allí el gobernador, que por la incredulidad era una especie de Santo Tomás, sabiendo que la camisa de la Virgen habia sido enterada con el difunto, hizo burla, y quiso verla y cerciorarse de la identidad de las reliquias que le daban á guardar: el cuerpo estaba conservado, y la camisa en su lugar. Entonces juzgó el comendador con bastante sagacidad que puesto que, el bienaventurado Gerardo estaba canonizado, no tenia necesidad de una reliquia tan importante como la que estaba separada, y que despues de haber contribuido felizmente, sin duda, á su salvacion, podia no menos felizmente todavia contribuir á la salvacion de otros. Como la caridad bien ordenada comienza por sí mismo, el buen comendador se apropió la camisa, que hizo poner en una hermosa caja que trasportó á su palacio de Calissane en Provenza, en donde hizo muchos milagros.

En el momento de morir el comendador, y morir sus hijos, no quiso esponer una reliquia tan santa, á que cayese en manos de colaterales, y la legó á la principal iglesia de la ciudad murada mas inmediata á su palacio, en atencion á que un depósito tan precioso no podia confiarse á una ciudad abierta.

Compréndese que cuando se supo el legado, hubo grande agitacion y rumores en las ciudades vecinas: cada ciudad envió sus geómetras que midieron con el compás en la mano la distancia á que se hallaban del castillo ó del palacio de Calissane.

La poblacion de Berre, que pareció ser la que tenia mas incontestable derecho á la santa reliquia, á la milagrosa camisa, le fué adjudicada por el arzobispo de Arlés con gran desesperacion y pesar de los martigaos que habian perdido por una media vara.

Desde este momento, es decir, desde la mitad del siglo XV casi, la bienaventurada camisa, fué espuesta todos los años el día de Santa Maria: pero en la época de la revolucion ha desaparecido, sin que haya vuelto á saberse desde entonces qué ha sido de ella.

Acababa justamente aqui nuestro huésped de contarnos esta edificante historia, cuando llegabamos á la orilla del estanque de Berre: allí nos hallamos casi una tropa de cazadores, no una reunion de barcas: sino una armada, una flota.

Nuestro huésped conocia una parte de los cazadores, y no hubo necesidad de ir á buscar á su primo, que ademas en medio de la multitud no hubiera sido fácil hallar. Todos le convidaron á la fiesta, y le invitaron á entrar en su barca, y como nosotros estábamos con él, disfrutamos de la invitacion: seguimos su fortuna, y en el barco que él entró, entramos nosotros.

Era como he dicho una verdadera escuadra: conté ochenta embarcaciones. En cuanto

á la tripulacion no pude mas que enumerarla aproximadamente. Nuestra lancha, que era una de las menos cargadas, iba tripulada por seis hombres. En medio del círculo se distinguía por su pabellon la barca almirante, la cual por medio de señales correspondia con las dos barcas que formaban las dos estremidades de la media luna, una linea de cazadores se prolongaba ademas sobre la playa, y pilluelos con pistolas estaban metidos en el estanque con agua hasta la cintura.

Habiase convenido anticipadamente, para evitar riñas y disputas con que suelen ordinariamente terminarse casi siempre estas diversiones, que la caza seria exactamente distribuida á cada barca. El almirante, que era un marino veterano, habia dado una copia de este acuerdo á cada uno de los alcaldes asistentes á la caza, y cada alcalde la habia leído en alta voz á sus súbditos: todo el mundo habia ofrecido conformarse con ello, y despues cada cual habia tomado su lugar con intencion de no observar nada de esto.

Á la primera ojeada comprendí perfectamente el plan de batalla: consistia buenamente la táctica en abarcar el estanque en toda su anchura, y en llevar delante de sí las zarcetas y ánades, que no atreviéndose á pasar entre los barcos nadan mientras pueden nadar; pero al fin se encuentran acorraladas en la orilla, y como las barcas continúan avanzando, les es forzoso á los pobres animales levantarse y pasar por encima de la cabeza de los cazadores. En este momento reciben el fuego, y van á caer al otro extremo del estanque: entonces comienza de nuevo la misma maniobra, hasta que produce el mismo resultado, y esto dura mientras hay día y fuerza en los remeros, ó zarcetas en el estanque.

Ademas, si las pobres aves demasiado atormentadas toman un gran partido, se levantan y desaparecen, lo que no sucede nunca sino despues de haber hecho cinco ó seis vuelos de un extremo á otro del lago: esta disposicion no importa nada; se está seguro de volverlas á hallar al día siguiente sobre el estanque de Fos ó de *Marigni*: en su calidad de ave acuática la zarceta tiene mucho de la estupidez del pescado.

Apenas cada cual ha ocupado su lugar, cuando el almirante por medio de una bocina da la señal de marcha: en el mismo instante se ponen en movimiento todas las barcas, y adelántanse con una regularidad perfecta. Entretanto, por muchos que fuésemos no podíamos cerrar el estanque en toda su anchura en atencion á que tiene cerca de tres leguas; de pronto el almirante gritó: alto. Una banda de zarcetas se separaba del círculo y amenazaban escapársenos: destacáronse una veintena de barcas, que por medio de una hábil maniobra alcanzaron á las fugitivas y las obligaron á entrar en linea.

Durante esta evolucion habíamos permanecido inmóviles, y nuestro huésped, que como se ha podido ver era muy letrado, había aprovechado nuestra inmovilidad para hacernos notar sobre la lengua de tierra tras de la que amenazaban pasar las zarcetas [tres rocas de desigual grueso que se llaman los Tres hermanos. Procede este nombre, nos dijo, de la siguiente anécdota.

Tres hijos de un labrador, del que el primero era ciego, el segundo tuerto, y el tercero veía mucho, habían heredado de su padre toda la cosecha que se acababa de recoger. El de los hermanos que tenía los ojos, hizo tres partes del trigo que el difunto había dejado en herencia: una grande para él, una mediana para el tuerto, y una pequeña para el ciego. Semejante partición era demasiado injusta para que la permitiese el cielo: en consecuencia cambió en piedra los tres montones de trigo, y esas son las tres rocas que se ven, á las que en conmemoración de este milagroso suceso se ha dado el nombre de los Tres hermanos.

Preguntamos á nuestro huésped cual era la moralidad del apólogo, é iba á explicárnoslo, cuando desgraciadamente para la edificación de nuestros lectores, la bocina del almirante se dejó oír mandando continuar la marcha.

Hallábase reunida la escuadra. La maniobra había sido magnífica. Me recordó esto que Claudio Forvin era de Gardanné, y el bailío de Suffren de Saint-Cannat. Según las probabilidades los dos habían hecho su primer aprendizaje de marinos en la caza de las zarcetas.

Continuamos pues avanzando según la orden que se había dado, y á medida que avanzábamos veíamos espesarse las filas de las desgraciadas aves, tanto que parecía que habían tendido sobre la superficie del estanque una hermosa alfombra. Nunca desde la famosa destrucción de la caza de Raincy, donde se mataron entre otras cosas once mil conejos, había visto polular en tan pequeño espacio tan gran número de animales.

Pronto el estanque no les ofreció si no una superficie demasiado estrecha, y la mitad de las zarcetas se puso á correr sobre las espaldas de las otras: por último, una de ellas se decidió á tomar el vuelo; algunas otras la siguieron; despues un gran número; despues la masa toda entera que se adelantó hacia nosotros, con un ruido espantoso, y que al cabo de un instante pasó como una especie de nube sobre nuestra cabeza.

Entonces salieron á la vez dos mil tiros de escopeta, y literalmente cayó del cielo una lluvia de zarcetas.

Jamás había visto yo espectáculo igual, esto me recuerda el famoso paso de los palomos de Bas-de-Cuir. El estanque estaba sembrado de muertos y de moribundos, que ca-

da cual recogía. Como se había dicho que la caza debía dividirse en porciones iguales, cada uno procuraba metérselas en sus bolsillos: en su pantalón, y entre las mangas de la camisa: nuestro huésped parecía un saco de nueces. A cuatro pasos de nosotros zozobró una barca, y se volcó. Este accidente había sido causado por una lucha: la lucha continuó en el agua. Conoci entonces que esta caza era excelente, no para los mas diestros, si no para los mas listos; y que la caza pertenecía, no á los que mas matan, si no á los que mas cogen.

A la estremidad de la línea dos lanchas se fusilaban: algunos perdigones perdidos vinieron á dar en nuestra barca: los otros habían sido interceptados por las que se encontraban entre nosotros y los combatientes: los unos se frotaban el trasero; los otros sacudían los dedos: todos juraban y blasfemaban como condenados: las zarcetas se hallaban vengadas.

Los alcaldes se pusieron sus fajas tricolores: los gendarmes escalonados sobre las dos orillas del estanque sacaron sus sables: el almirante con su bocina gritó:

—¡Rindan las armas!

Pero mientras quedó un solo cadáver de zarceta sobre la superficie del estanque no hubo medio de contener el desorden. Yo había ostensiblemente echado dos balas en mi escopeta, y declarado que volvería por mayor lo que me enviasen por menor.

En fin, nos sucedió á nosotros casi como le había sucedido al Cid: concluyó el combate, no por falta de combatientes, si no por falta de muertos. Sin contar las que no se veían, cada barca podía contener una con otra veinte á veinte y cinco zarcetas. Entonces volvieron á colocarse en fila. Se dió una media vuelta, y se adelantó con un encarnizamiento, que el calor había redoblado, hacia las fugitivas que habían ido á colocarse al otro extremo del estanque. Pero esta vez, á pesar de todos los esfuerzos de la barca del almirante cada cual remó por su cuenta, y á pesar de los gritos de los que se quedaban atrás, los mas robustos llegaron los primeros: comenzó inmediatamente la matanza, que por ser menos el resultado que la anterior, no por eso fué menos mortífera.

Duró todo esto desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde: estábamos llenos de zarcetas hasta las rodillas: Milord había desaparecido bajo una capa de aves, como Tarpeya bajo el escudo de los sabinos.

Desembarcamos, horriblemente cansados de nuestra expedición naval. Nuestros compañeros de barca nos ofrecieron entonces con la mayor cortesía que tomásemos nuestra parte de la masa común, á la que además habíamos nosotros contribuido honrosamente; pero el ensayo que habíamos hecho la víspera nos había disgustado para siempre de las

zarcetas. Abandonamos generosamente nuestra parte á nuestro huésped, compadeciéndolo á los desgraciados viajeros que se detengan durante la semana en la ciudad de Bouc. Sin embargo, como insistían nuestros compañeros, y temíamos que tomasen nuestra negativa á desprecio, Jadin eligió entre los cadáveres una de las que menos habían padecido para hacer una de esas naturalezas muertas que tan admirablemente pinta.

Despues, como pasaba cerca el carruaje de Marsella, entramos en él Jadin, Milord, la zarceta y yo, en la berlina, que afortunadamente estaba vacía.

A las nueve de la noche entraba la diligencia en la fonda de los Embajadores.

MARSELLA LA ANTIGUA.

Al llegar, fué mi primer cuidado escribir á Méry: así al día siguiente á las siete de la mañana me desperté por él.

Conocen ya mis lectores á Méry, por sus obras, ó por él. Los que no le conocen mas que literariamente le aman por sus obras: los que le conocen personalmente le aman por sus obras y por él.

Es Méry una de esas criaturas escepcionales que Dios ha hecho sonriendo, y en las que ha puesto cuanto hay de bueno, de elevado, y de espiritual en los demás hombres. Méry es un corazón de ángel, una cabeza de poeta, un talento de demonio.

Hace veinte años que Méry ha cogido una pluma por la vez primera. Levántese alguno y diga: Tengo que quejarme de esta pluma.

Así con tanto talento como cualquiera, con tanta alma como el que mas, no tiene un enemigo en el mundo, ni aun entre los tontos. Esto es milagroso.

Es que con derecho á obtener una alta posición se contenta con una muy pequeña.

Un rincón al sol de Provenza, una sombra de un pino donde reposar la cabeza, y la orilla del mar donde bañar sus pies, una capa á la espalda en invierno como en verano, es todo cuanto necesita.

Así, ¡qué tranquilidad de alma, qué serenidad de espíritu, qué benevolencia de corazón la suya! Es el filósofo antiguo con la fé del cristiano.

Además, ¿por qué Méry no creería y no esperaría? ¿Hay alguno que haya creído en él, que haya esperado en él, y que haya sido engañado?

¡Con cuánta alegría nos volvimos á ver!

Porque si yo le quiero mucho, creo que él tambien por su parte me quiere un poco.

Sin embargo, mi pobre Méry estaba un poco apurado: no ignoraba que yo hacia un viage pintoresco, y no sabia qué enseñarme en Marsella.

En efecto, Marsella, ciudad jónica, contemporánea de Tiro y de Sidon, perfumada con las fiestas de Diana, conmovida enteramente con las relaciones de Pythas: Marsella, ciudad romana, amiga de Pompeyo, enemiga de César, entregada á la fiebre de la guerra civil, y orgullosa del lugar que la ha dado Lucanq: Marsella, departamento gótico, con su santo, sus obispos, con las frentes parecidas á sus monges, y las cabezas cubiertas con el gorro de sus consules: Marsella, hija de los focenses, émula de Atenas, hermana de Roma, como lo dice ella misma en la inscripción con que ciñe su cabeza: Marsella no tiene nada ó casi nada conservado de sus diferentes edades.

Tenia un recuerdo antiguo que era casi para ella una cosa santa: era en la calle de los Carmelitas, número 54, una casa que había habitado Milon, el asesino de Clodio, desterrado á Marsella á pesar de la brillante defensa de Ciceron. Aquella casa conservaba en conmemoración de este suceso, encima de la puerta, un busto que el pueblo en su ignorancia llamaba el *Santo de piedra*, y que hoy está arrinconado no sé en qué pajar. Esta es la historia del que representaba aquel busto.

El año setecientos de la fundación de Roma, Clodio pretendía la pretura.

Clodio era el mismo que algunos años antes se había introducido en la casa de César, mientras Pompeya su muger celebraba los misterios de la Buena Diosa, y que reconocido bajo los vestidos de muger con que se había ocultado, había sido denunciado por Aurelia.

Era una acusación que llevaba nada menos consigo que la pena de muerte: empero Clodio era rico: acababa de comprar una casa en cuatro millones ochocientos mil sextercios; y no hay pena de muerte para un hombre que puede comprar una casa en....

Clodio compró testigos. Un caballero llamado Casinio Scola depuso que había estado con él en Interamne, mientras que Aurelia pretendía haberle visto en Roma. Clodio compró los jueces; pero como los jueces podían tomar el dinero y condenar, lo que ya se había visto, hizo entregarles tablillas de cera de diferentes colores, á fin de saber bien quiénes eran los que habían puesto el *absolvo*, y los que habían puesto el *condemno*.

Clodio fué declarado libre de la acusación, lo que no impidió á César repudiar á su muger diciéndole que la muger de César ni aun debía ser sospechada.

¡Pobre César!

Clodio pretendía, pues, la pretura. Se ve los antecedentes que abonaban en su favor.

Al mismo tiempo Annio Milon solicitaba el consulado, y como también era muy rico tenía probabilidades de obtenerlo. Esto incomodaba mucho á Clodio, que conocía muy bien que sería nula su pretura si Milon fuese consul. He olvidado decir que había una antigua enemistad y odio entre Clodio y Milon. Clodio había hecho desterrar á Cicerón; Milon le había levantado el destierro. Así Clodio impulsaba al consulado á Plantio Hipseno, y á Metello Scipion. Ambas partes habían sembrado el dinero á manos llenas: pero como Milon tenía en su favor las gentes honradas, y Clodio tenía por él la canalla, todas las probabilidades como se ve estaban por Plantio Hipseno y Metello Scipion.

Durante estos manejos, Milon se decidió á ir á la ciudad de Lanuvium, donde tenía que elegir un flamin. El 13 de las calendas de febrero, hacia las dos de la tarde, se dirigió, pues, hacia la puerta Appia, porque Lanuvium se hallaba situada á la derecha del camino de Nápoles, cerca de la colina de Marte; y como para los que tenían rivales los caminos no eran seguros á los alrededores de Roma, se hizo acompañar de un centenar de esclavos, para mayor seguridad, pero bajo las órdenes de Eudamus y de Birria, que eran dos famosos gladiadores. Los gladiadores eran los esbirros de aquel tiempo.

Milon iba en su carro con su muger Fausta, y su amigo Marco Fufius.

Caminaban hacia hora y media casi sin que nada les hubiese sucedido todavía, cuando al aproximarse á Albano se vió una banda de unas treinta personas colocadas en uno de los lados del camino; mientras que un hombre á caballo que parecía ser el amo había bajado de la Via Appia, y hablaba cerca de un templete de la Buena Diosa con los decuriones de los arcienses; tres hombres que parecían de su comitiva formaban grupo separado. El hombre á caballo era Clodio que volvía de Aricia donde tenía un gran número de clientes. Los tres hombres que formaban el grupo separado eran aquel mismo Cassinius Schola, que había sido testigo en el negocio de Pompeya, y Pomponio y Clodio, su sobrino; dos plebeyos, dos hombres nuevos, una cosa así como nuestros agentes de cambio; los demás eran esclavos.

Cruzáronse las dos tropas: Milon y Clodio cambiaron entre sí una mirada de odio. Sin embargo, contuviéronse los dos, y Milon se hallaba ya á cincuenta pasos adelante, cuando Birria que marchaba el último, hablando siempre con Eudamus, y jugando con su dardo, dió con el arma sin querer á un esclavo de Clodio, que no había tenido por conveniente hacerse á un lado para abrirle paso. El esclavo echó mano á su espada, llamando en su socorro á sus compañeros. Eudamus y Birria por su parte gritaron, «á las armas.» Clodio se adelantó insolentemente para castigar al que había

osado pegar á un hombre que le pertenecía. Pero en el momento en que desenvainaba su espada le previno Birria, atravesándole la espalda con un golpe de dardo: Clodio cayó y lo llevaron á una taberna que se hallaba inmediata al camino.

Al ruido que había oído detrás de sí había detenido su carro Milon, que se volvía para preguntar lo que había sucedido, cuando vió llegar todo asustado á Fusténus, el jefe de sus esclavos.

—¿Qué hay? preguntó Milon.

—Hay, respondió Fusténus, que creo que Birria acaba de matar á Clodio.

—¡Por Júpiter! dijo Milon; cosas son esas de que es preciso estar seguro. Vuelve á averiguar lo que hay, y ven inmediatamente á decirme quién es el muerto.

Fusténus volvió á marcharse corriendo.

—Manda el amo que se le acabe, dijo á Eudamus y á Birria.

Como se ve, Fusténus era un hombre precioso, y que comprendía á media palabra.

Eudamus y Birria por su parte no se lo hicieron repetir. Lanzáronse con toda la tropa que mandaban á la taberna donde habían entrado á Clodio. Sus esclavos quisieron defenderle, pero eran muy inferiores en número. Once se dejaron matar: verdad es que era para ellos una manera de quedar libres; los otros echaron á correr.

Fué arrancado Clodio de la cama donde le habían acostado y recibió otras dos heridas, las dos mortales: después le arrastraron moribundo en medio del camino, donde lo remataron: después Fusténus le arrancó su cuello, que llevó á Milon diciéndole:

—Esta vez, amo, está bien muerto.

Y satisfecho con aquella seguridad, Milon continuó su camino, sin cuidarse en lo más mínimo del cadáver.

El senador Léntius Tédius, que volvía á Roma, lo encontró, lo reconoció: lo hizo poner en su litera, y volvió á pie á la ciudad: después lo hizo llevar á su hermosa casa del monte Palatino, la misma que algún tiempo antes, como hemos dicho, había comprado Clodio en cerca de cinco millones de sesteracios.

En un instante se difundió la noticia de su asesinato, y el pueblo llamado por los gritos de Fluvia, su muger, que abrazada sobre el cuerpo ensangrentado se arrancaba con una mano los cabellos, y con la otra enseñaba las heridas de su marido á la muchedumbre, que acudía de todas las partes de Roma al monte Palatino.

Pasóse así la noche, aumentándose sin cesar el tropel del pueblo; y hacia la mañana fué tal, y tan considerable, que murieron ahogadas muchas personas; en aquel momento llegaron dos tribunos del pueblo: eran Muntilius Plaucus, y Pomponius Rufus. A su vista se redoblaron las vociferaciones contra el asesi-

no, porque sabían que eran amigos de Clodio. Así, en lugar de calmar aquellos furiosos dieron el ejemplo, y haciendo conducir el cadáver tal como estaba lo llevaron á los *Rostros*, á fin de que pudiese mejor verlo la multitud: desde allí lo bajaron á la *Curia Hostilia*, donde el pueblo habiendo hecho de prisa y corriendo una hoguera con las tablas y las sillas de los tribunales, y con los libros de un librero cuya tienda se encontraba cerca del sitio de la escena, le pusieron fuego. Hacia un gran viento y la llama se comunicó á la Curia, y de la Curia á la *Basilica Porcia* y las dos fueron enteramente incendiadas. Después, para hacer hasta lo último á Clodio funerales dignos de él, el pueblo fué á saquear la casa de Milon y la de Lepido. No hay que decir que Hipseno y Scipion, candidatos que eran opuestos á Milon, tenían parte en todas estas cosas.

Sin embargo, por odioso que fuese el asesinato de Clodio, el modo con que fué vengado pareció todavía más odioso á los buenos ciudadanos. Viendo Milon que sus enemigos habían tenido la imprudencia de hacer olvidar su crimen por sus excesos, volvió á Roma, denunciando en ella su presencia con hacer publicar que continuaría pretendiendo la pretura, y haciendo distribuir á las tribus mil ases por cabeza en apoyo de su pretension. Mil ases venían á ser casi unos cincuenta á cincuenta y cinco francos: mas de un millón en todo. La distribución se encontró mediana; no pareció mucho: así es que Milon, en lugar de ser nombrado pretor, fué citado á comparecer el 6 de los idus de abril delante del cuestor Domicio, como acusado de violencia y soborno.

El acusador y el acusado tenían cada uno diez días para preparar el uno su acusación y el otro su defensa.

Duraron los debates tres días. Se verificaron como de costumbre en el Foro. Durante tres días Roma se vió llena de tales rumores y fueron perseguidos los jueces con tales amenazas, que el día en que debían pronunciar el juicio el gran Pompeyo, á quien se había nombrado cónsul provisional, fué obligado á tomar él mismo el mando de la fuerza armada, y después de haber hecho guardar todas las avenidas del Foro vino á colocarse él mismo en persona con una tropa de soldados escogidos en el templo de Saturno.

Milon había escogido naturalmente á Cicerón por defensor, y contaba sobre su elocuencia: pero como contaba mucho menos con su valor, lo había hecho llevar al foro en una litera cerrada, por miedo de que la vista de todo aquel pueblo y de todos aquellos soldados no le turbase, y le privara de todos sus recursos de elocuencia. Pero todavía fué peor cuando Cicerón salió de su jaula, y sin preparación alguna se encontró en medio de toda aquella muchedumbre que le gritaba que

era Milon el que había matado á Clodio; pero que él, Cicerón, había aconsejado la muerte. Poco faltó para que perdiese la cabeza, y hubiera probablemente sucedido esto si Pompeyo, para dar toda latitud á la defensa, no hubiese hecho despejar del Foro pegando golpes de plano con las espadas á los que habían insultado al orador.

Pero el mal estaba hecho: una vez turbado Cicerón, no volvía en sí tan fácilmente. Además, su gran recurso era la ironía; había salvado mas grande número de acusados por el ridículo que había sabido hacer caer sobre sus adversarios, que por el interés que habían excitado sus clientes. Para encontrar esas palabras picantes que atraviesan de parte á parte á un hombre es preciso tener el alma serena, y tal no era ciertamente la disposición del ánimo en que Cicerón se hallaba. Así, su discurso fué embarazado, frío, y lánguido. Todo el mundo le aguardaba en la peroración; la peroración fué mas débil que el discurso. Resultó de esto que fué condenado Milon por la mayoría de treinta y ocho votos contra trece.

Verdad es que los amigos de Clodio habían sido mas generosos que Milon, porque habían distribuido durante los cuatro días que había durado el proceso cerca de tres millones.

Recogidos los votos, el cuestor Domicio se levantó con aire triste y solemne, se despojó de su toga, en señal de luto; y después, en medio del mas profundo silencio:

—Parece, dijo, que Milon ha merecido el destierro, y que deben ser vendidos sus bienes. En su consecuencia es nuestra voluntad fulminar contra él la interdicción del agua y el fuego.

Frenético palmoreo, gritos de furiosa alegría acogieron este juicio, en tanto que por otro lado los amigos de Milon escupían á los jueces; hubo hasta uno que se aproximó al cuestor, y haciendo alusión á los tres millones repartidos por los partidarios de Clodio, le dijo enseñándole los soldados:

—¿Habiais pedido guardias para que no os robasen el dinero que acabais de ganar?

En cuanto á Milon, fué vuelto después á acompañar á su casa por una numerosa escolta que dió Pompeyo: hizo á la ligera todos sus preparativos de viaje, y salió el mismo día para Marsella.

Adivinase que el ilustre desterrado fué bien recibido en la ciudad griega: pero nada consuela del destierro. Así, cuando algún tiempo después de su llegada, Milon recibió el discurso corregido que le envió Cicerón, no pudo menos al ver la diferencia que existía entre la arenga escrita y la que había pronunciado el orador, de responderle con cierta amargura esta únicas palabras:

—Cicero, si sic egises, barbatus pisces Milo non ederet.

Lo que quería decir: Ciceron, mi amigo, si hubieses hablado como has escrito, Milon no comería barbos en Marsella.

Milon no murió en Marsella: fué muerto en Calabria en la guerra entre César y Pompeyo. La tradición quiere, sin embargo, que aquella casa de la calle de los Carmelitas sea la suya, y que suyo sea aquel busto. Algunos arqueólogos habían querido reconocer en aquel busto una effigie de San Victor, pero sus antagonistas les habían respondido victoriosamente preguntándoles qué era lo que tenía que hacer con San Victor la loba romana que se veía esculpida sobre la hornacina, y aquellas delicadas hojas de acanto tan elegantemente trabajadas que el cincel que las había esculpido llevaba en su trabajo mismo la fecha del siglo de Augusto. En fin, el pueblo, que sabe más que todos los anticuarios habidos y por haber, ha consagrado esta tradición, que no ha podido salvar la casa de la calle de los Carmelitas del encantador blanquete y pintarrajeado amarillo tan en boga en los ayuntamientos.

Una de las ruinas que datan de la misma época es la *puerta Julieta*, que no ha sido demolida, porque sirve de registro para los derechos municipales. Los etimologistas quieren á todo trance que este nombre de puerta Julieta le venga de *porta Julii*, en atención, dice, á que fué por esta puerta por donde César entró en la ciudad después que Trebonio la hubo hecho entrar en razón. Sobre esta puerta había bajos relieves é inscripciones, que hubieran podido referir este gran suceso; pero han sido corroidas por ese áspero viento de mar que reduce á polvo toda piedra, y no queda más que la argolla, también corroida, de donde pendía el dosel que se levantó delante de César.

Agregad á estos dos recuerdos algunas arcadas del antiguo palacio de las *Thermas*, que forman hoy sobre la plaza de Lenche la tienda de un tonelero, y tendreis contado todo lo que Marsella encierra de antigüedades romanas.

Poca cosa es, como se ve, cuando se ha llamado *Massilia*, y cuando se está tan cerca del *punte de Gard*, de la *Casa Cuadrada*, y del *arco de triunfo de Orange*.

MARSELLA LA GÓTICA.

Marsella no es mas rica en monumentos de la edad media que en ruinas antiguas. Cuando se ha visto el *campanario de los Ac-*

coules, la *abadia de San Victor*, las ruinas de la *torre de San Pablo*, la *casa del ayuntamiento* y el *fuerte de San Nicolás*, se ha visto cuanto ha quedado en pie en Marsella desde el siglo IV hasta el XVII. El campanario de los *Acconles* es todo lo que queda de la iglesia de Nuestra Señora de las *Accoas*, destruida en la época de la revolución. Es una flecha romana pesada y maciza, que no recuerda tradición alguna notable, y por delante de la cual pasa uno aun sin pararse.

No sucede así con la antigua abadía de San Victor, monumento á la vez curioso y venerado: está edificado en el punto mismo en que Casiano que llegaba de los desiertos de la Tebaida encontró en una cueva el cadáver de San Victor: aquella bóveda estaba en medio de un vasto cementerio. Casiano fundó la iglesia que hoy vemos, y que el siglo XIII aspilló: en cuanto á su primitiva fundación se remonta al año 410.

En las bóvedas de San Victor está la buena *Virgen Negra*, la mas venerada de las imágenes marselesas, cuyas principales funciones son hacer llover en las grandes sequías. Una vez al año, el día de la Candelaria, se la trasporta á la iglesia, se la reviste de sus mas hermosos vestidos, se la pone en la cabeza su corona de plata, y se la espone á la veneración de los fieles. Atribúyese en general esta imagen á San Lucas: es un origen muy santo, pero que es preciso no aceptar como una palabra evangélica. Los que cierran los ojos á la fe para no mirar así á la buena *Madre Negra*, como vulgarmente la llama el pueblo marseles, le asignan por fecha el fin del siglo XIII, ó principios del XIV.

En cuanto á la torre de San Pablo, también fué aspillada y fortificada como la abadía de San Victor, porque era también de vieja fecha. Hace veinte años que estaba todavía en pie, y altiva cual en los tiempos del condestable de Borbon: un recuerdo patriótico debió de protegerla. Sobre su plataforma se apuntaba con aquella famosa culebrina que contribuyó á hacer levantar el sitio á los españoles, y dió al chancero marqués de Pescara ocasion de decir una de sus mejores gracias. Pero los ayuntamientos son feroces, y no entienden de chanzas ni de viejas paredes: no comprenden ni las unas ni las otras; y les parece que todo lo que no comprenden los insulta. La vieja torre, aunque contaba casi cerca de mil años de existencia, era muy lenta en morir: el tiempo que se había gastado encima la respetaba grandemente. Tocó sus trompetas el ayuntamiento, y cayó la torre feudal, para levantarse otra vez convertida en fábrica de jabón.

Sin embargo, era un bello recuerdo que se debió conservar el de esta torre ante la que retrocedió aquel famoso condestable de Borbon, que debía tomar á Roma. Su venganza había cumplido su palabra. Volvía á entrar

en Francia con aquel famoso estandarte emblemático que representaba un cometa y espadas culminantes.

Volvió á entrar en Francia reunido á genoveses, á florentinos, á milaneses, á venecianos, al rey de Inglaterra Enrique VIII, al papa Adriano VI, y al emperador Carlos V: y después de haber arrojado á los franceses de la Lombardia; había tomado en lugar de los demás títulos que le había arrebatado Francisco I, el título de conde de Provenza, y marchaba sobre Marsella reclamando su condado.

Por su parte, una multitud de gentiles-hombres franceses había venido á arrojar en Marsella; pero sorprendidos de improviso, no teniendo tiempo de reunir un ejército, no traían mas socorro que el individual de su valor. El mariscal de Chavannes, que debía morir en Pavia antes que rendirse; Felipe de Brion, conde de Chabot, el ingeniero Miradel, fueron de este número.

Reducida Marsella á sus propias fuerzas resolvió al menos emplearlas todas; y recordando que había resistido á César no desesperó vencer al Condestable. En su consecuencia, organizó una milicia ciudadana que se elevó á mas de nueve mil hombres: arrasó todos los arrabales, sin perdonar ni las iglesias ni los conventos: reparó los fuertes y las murallas; y era tal el entusiasmo que hasta las mugeres ayudaron á los trabajadores.

En esto se estaba, cuando por la parte del mar se oyó tronar el cañon. Era Lafayette á la cabeza de la escuadra española, que venía á las manos con Hugo de Moncada, comandante de la escuadra española, y á la que tomaba tres galeras. De buen agüero fué esta ventaja; así es que los marseleses recobraron un nuevo valor.

A principios de julio de 1525 se oyó decir que Carlos de Borbon había destrozado las tropas de Ludovico de Grassa, señor de Mas, y que había pasado el Var. Algunos días después se oyó decir que Honorio de Puget, señor de Prat, primer cónsul de la ciudad de Aix, había traído las llaves de la ciudad á Carlos de Borbon, y le había nombrado magistrado de ella. En fin, en 13 de agosto se divisó á la cabeza de una pequeña tropa á Carlos de Borbon mismo: venía á reconocer á Marsella.

—¡Caramba! dijo Pescara su teniente viendo las disposiciones tomadas, parece que no tendremos tan buen negocio en Marsella como en Aix.

—¡Bah! respondió Borbon con un gesto de desprecio, al primer cañonazo vereis á los marseleses traernos las llaves de la ciudad.

—Lo veremos, dijo Pescara. Pescara era el Santo Tomás de la expedición, únicamente que en lugar de convertirse de día en día se hacía mas incrédulo.

El 19 el Condestable presentó delante de

Marsella todo su ejército. Se componía de siete mil lansquenets, de seis mil infantes españoles, de dos mil italianos, y de seiscientos caballos ligeros. El marqués de Pescara se alojó con los suyos en el hospital de San Lázaro, el Condestable y los lansquenets se alojaron en Puerto Gallo, y los españoles en el camino de Aubagne. Decidióse abrir la trinchera el 23. En su consecuencia el Condestable invitó para el 23 á Pescara á venir á oír la misa en su tienda, y á desayunarse con él.

Pescara, que era á la vez devoto y goloso, fué exacto á la cita. Se comenzó por la misa, que celebró el capellan del Condestable en un altarito improvisado. Los dos gefes de los sitiadores la oían de rodillas á cada uno de los lados del altar. De repente se oyó un cañonazo, y el sacerdote que en aquel momento alzaba la hostia, cayó todo cubierto de sangre sobre el altar, sin haber aun tenido tiempo de dar un grito.

—¿Qué es esto? preguntó Borbon.

—Nada, monseñor, respondió Pescara, son los ciudadanos de Marsella que os traen las llaves de su ciudad.

Levantaron del suelo al sacerdote que estaba muerto. La misa concluyó así. Los dos gefes se fueron á desayunar.

Además, Borbon no tenía mas escrúpulo consigo mismo que con los demás. Cuando á su vez fué herido por la bala que le mató, se tendió en el foso, se hizo echar sobre el cuerpo su capa blanca, y enseñando la brecha á sus soldados les dijo:

—¡Adelante siempre!

El mismo día se abrió la trinchera, y se rompió el fuego de cañon sobre la ciudad. Por su parte la artillería marselesa hizo prodigios, y sobre todo la famosa culebrina que disparaba desde lo mas alto y alcanzaba mas que ninguna otra pieza. Así cuando se hubo reconocido su superioridad, vinieron los artilleros de mas certera puntería á servirla; de modo que hizo gran destrozo en las filas enemigas. Pasáronse algunos días en hacer el mayor ruido posible arriba, y el menor ruido posible abajo, es decir, que al mismo tiempo que abrian la trinchera los españoles trabajaban á la zapa como topas. Por su lado los marseleses reparaban las murallas, y contraminaban lo mejor posible, y en esta noble defensa fueron tan bien auxiliados por las mugeres de la ciudad que aquella parte de las murallas conserva todavía el nombre de *Trinchera de las Damas*.

Por fin, el 23 de setiembre la brecha quedó practicable. Así Borbon, contra el parecer de Pescara, resolvió dar el asalto. Lo que determinaba al Condestable es que era urgente concluir por un golpe de mano. Habíase convenido con los aliados que mientras que él invadiese el Mediodía de la Francia los españoles harían una irrupción por la Guyena, la In-